

Blas Perozo Naveda

Letras y fragmentos para soñar

Entre sus obras:

Maracaibo City (1983), *Tierra de cascabeles* (1987), *Mala lengua lengua mala* (1990), *La piel áspera* (2001).



Poética de su escritura

Para Blas Perozo Naveda, la poética puede entenderse como una explicación, un desciframiento, una descodificación, y en ese sentido pondera tanto lo que han observado en su obra quienes lo han leído, como su propia visión.

Algunos trabajos críticos lo ayudan a construir la poética de su creación, a descifrarla a través de visiones externas, como la que han tenido Adhely Rivero, en la Universidad de Carabobo, e Hildemaro Querales, en la Academia Nacional de Historia, a través del libro *Blas Perozo Naveda: la insularidad de una poesía*.

Como autor de poemarios y trabajos narrativos, no se ha dado a la tarea de escribir explicándose. Tampoco hace mapas o planes de trabajo, pero considera la idea de la fragmentación: “Un fresco o un inmenso mosaico es una idea válida para mí: está presente en mis relatos como o *leit motiv* expreso”.

En esa percepción, Blas Perozo se encuentra —como se lo hizo notar alguna vez Javier Villafañe, al leer y soñar su obra— como una sumatoria de fragmentos, que, en sentido metafórico, se irían “comiendo pedazo a pedazo, fragmento a fragmento... si lo sueña mejor. Después, cuando lo haya leído todo, lo sueña todo”.

Esa inspiración onírica lo lleva a reflexionar sobre la poética, ahora tomando la poesía como *sustentum* de todo trabajo literario, incluida la crítica: “Yo diría que no hay frontera de géneros y estilo. Que se trata de un sólo hilvanar con el sueño, el paisaje, el cielo, las islas: todo real y concreto, e histórico, pero inmortal”.

Influencias

Como si él mismo fuera —tal como describía en su proceso creativo— la suma de múltiples fragmentos, Blas Perozo Naveda ha recibido variadas influencias. “Todos y todo ha influido y fluido en mis obras”, reconoce el autor zuliano.

En ese plural universo de quienes recuerda como influencia, están los personajes de la patria grande, y de la pequeña, es decir —según aclara— de América, Latinoamérica, Indoamérica, Iberoamérica. En su mundo de recuerdos y huellas se amalgaman Simón Bolívar, Pancho Villa, Sarmiento, Vallejo, Neruda, Huidobro, Andrés Bello. Incluso sus compañeros de cursos escolares, de caña, las novias, los enemigos, el infinito...

Citando nombres, podría llegar a Cervantes, acompañado del recuerdo sembrado en su genealogía: “el primer Perozo que vino por estos lares (1527) se llamó Diego Perozo de Cervantes. Y el primer Naveda: Bartolomé de Naveda (1632)”.

Sin embargo, en ese infinito histórico de huellas, indudablemente destaca —en su caso— la más cercana y familiar: “El primer autor que influyó en mí fue mi padre (Blas Nicolás Perozo). Un poeta absolutamente desconocido para todo el mundo, menos para mí. Su obra nutre mi verso, pues todavía hoy tomo de ella”.

La narrativa venezolana contemporánea

Para este autor, el siglo XX guarda libros, nombres, paisajes, experiencias, siempre valorables por lo que han dejado en su vida, y en la Venezuela contemporánea.

Al mencionar de manera espontánea y natural algunos de tantos nombres en esa panorámica de creación narrativa, surgen recuerdos para Rómulo Gallegos, Arturo Uslar Pietri, Julio Garmendia, Salvador Garmendia, José Balza, Denzil Romero, Caupolicán Ovalles, Luis Britto García, Guillermo Meneses, Ramón Díaz Sánchez, Adriano González León.

Para Blas Perozo muchas de esas plumas han tenido un valor memorable, han sabido ver y sentir su entorno, como lo hizo, por ejemplo, Salvador Garmendia, uno de los hombres que “acercó el ojo, la lupa del alma al corazón, a lo profundo... todo el siglo XX está contenido, novelado en la obra de Salvador Garmendia”.

Narrar en estos tiempos

Ubicarse en el tiempo es un ejercicio de reto. Para un hombre con sensibilidad de poeta y narrador, resulta más que una sorpresa voltear al pasado y transformarlo en presente, abruptamente: “La verdad nunca tuvimos conciencia, nunca nos percatamos de que pertenecíamos al fin

de un siglo, y menos que íbamos a iniciar otro. El año 2000 me sorprendió como si fuera un vulgar 1945 ó 1966 ó 1999. Nada, o casi nada había cambiado...”

En el recuerdo vivo de Blas Perozo no había nociones de un tiempo apresurado: “Habíamos pensado, leído y visto, o imaginado, que el año 2000 (tan lejano) todos seríamos más ricos, andaríamos en unos automóviles-aviones, sin chocar, diminutos, de dos puestos; pero me sorprendió que el tiempo corriera tan rápido y ya fuéramos viejos, que Salvador fuera mortal, que Caupo de pronto dejara de beber para morir, que Ramón Palomares estuviera igualito, que hubiera tanta tristeza, tanta miseria, que el mundo siguiera lleno de tanto hijo de puta como si nada...”

El tiempo es relativo en su óptica: “No sé cómo se narra un cambio que no existe... el nuevo siglo seguirá siendo narrado como vaya saliendo: cien coños de madre montados en un autobús gritan, en el relato, “abajo los perros negros” y otros cien responden “a la recontradella...” ¿Cómo se narra la guerra?, ¿la destrucción?, ¿cómo se salva uno?...”

Qué hacer por la paz

Sobre el papel que los narradores o los intelectuales pueden tener en la creación de una cultura de paz, la opinión de este autor es — según él mismo la califica — absolutamente fatalista: “Sería hipócrita y tonto — que lo soy — decir que los narradores, los escritores y los intelectuales jugaremos, o podemos jugar, tal o cual papel en la creación de una cultura de paz: si nos metemos a ecologistas, si no bebemos más, si nos volvemos chavistas o antichavistas...”

Reitera su posición: “Soy absolutamente fatalista. Los únicos intelectuales que están en algo, trabajan codificando mensajes para la guerra, en el Departamento de Estado o en Al Qaeda, o en Irak...”

Sobre la posibilidad de incidir con las letras en la conciencia social, la reflexión de Blas Perozo Naveda se desencanta ante la manipulación de grupo, y reconsidera ante la sensibilidad del individuo: “Conciencia social, en este mundo absolutamente manipulado es un muñeco de cuerda, o de pilas... programado. Conciencia individual, solitaria y trágica, tal vez, es ser más verídico”.

La visión de este autor, vuelve siempre a su entorno, a su experiencia y a su sensibilidad. La reflexión sobre los intelectuales, los escritores, dialoga con personajes cotidianos: “un poeta, un hombre sin empleo, cualquiera, una muchacha caminando por la calle con el dinero contado para el autobús, tienen igual el sueño de la esperanza. Pero es un sueño. Vamos pasando. Sin darnos cuenta”.